

SANTA CRUZ DE LA PALMA, ENTRE LA HISTORIA Y LA UTOPIA

JORGE LOZANO HERNÁNDEZ*

*«Os encontráis aún bajo ciertas ilusiones de la isla
y ya no creéis en la realidad de las cosas»*

William Shakespeare

Santa Cruz de La Palma tiene el corazón abierto y tolerante que le modelaron los ilustrados del siglo XVIII, y la sangre española mezclada con la de los comerciantes flamencos, portugueses, italianos e ingleses que hicieron de la isla un eslabón con las tierras americanas¹.

Cuando la imaginación ha querido concebir utopías (por etimología, ‘sin lugar’) siempre las ha ubicado en islas, de modo tal que isla y utopía han estado siempre íntimamente relacionadas. Y si isla es («azotada por las olas, en centro del mar donde tiene su mansión una diosa, hija de Atlas, espíritu maléfico que conoce todos los abismos del mar y sostiene las altas columnas que separan la tierra del cielo») La Palma, en los Campos Elíseos, una de las Hespérides, isla Afortunada, Junonia Mayor, procura al viajero que a ella arriba una primera sensación que la relaciona, por memoria, con Utopía, tanto que su capital Santa Cruz de La Palma ha sido siempre el lugar idóneo desde donde avistar otra utopía, otra isla (isla-pezu) San Brandán o, como se dice en La Palma, San Borondón.

En 1493, el soldado Alonso Fernández de Lugo, con rango de adelantado, tras vencer a los auaritas —indígenas de la isla que se denominaba Benahoare— fundó la capital Santa Cruz de La Palma, en una amplia bahía resguardada de los vientos dominantes y lugar de abundante agua que provenía del barranco del Río. La capital a la que tiempo después se le otorgó el título de Muy Noble y Leal Ciudad, también fue conocida al principio como Villa de Apurón, nombre que, al parecer, hacía referencia al *apuro* que tuvieron los españoles en la villa para someter a unos cientos de aborígenes altivos que se alzaron en armas tras la conquista.

* Catedrático de Teoría de la Información. Universidad Complutense de Madrid. Correo electrónico: jorgelozano@ccinf.ucm.es.

¹ Una versión de este artículo se publicó en la revista *Ronda magazine*. Dado su interés y pertinencia con el tema tratado se recoge en esta monografía. El asiento bibliográfico de su primera edición es como sigue: LOZANO [HERNÁNDEZ], Jorge. «Santa Cruz de La Palma, entre la historia y la utopía = Santa Cruz de La Palma, between history and utopia». *Ronda magazine* (marzo 2002), pp. 54-64.



Plaza de España y monumento a Manuel Díaz, 2019. Santa Cruz de La Palma

El primer cabildo y aduana se asentó en la cueva que moraba el príncipe auarita Betancayse y posteriormente se comenzó el trazado urbano de las calles más importantes, Real y Trasera que comienzan en el puerto y prosiguen a lo largo de la ciudad. En julio de 1553 invadió la ciudad el pirata francés François Le Clerc, apodado *Pie de Palo*, al mando de setecientos hombres, como respuesta se construyeron fortalezas, muchas desaparecidas, pero queda como ejemplo el castillo de Santa Catalina (siglo XVIII).

En la bellísima calle Real, amén de nobles edificios, se hallan las casas consistoriales —ayuntamiento— en claro estilo renacentista, que datan del siglo XVI y la plaza de la Constitución o plaza de España, que de ambas formas se nombra.

En la espléndida plaza se encuentra la iglesia de El Salvador; comenzó a edificarse a finales del Cuatrocientos —en sus inicios, con una sola nave— después se amplió a tres, con estupenda techumbre mudéjar. En la última mitad del siglo XVI se construyó la torre y delante de la parroquia se erigió, lo que parece sorprendente, una estatua con pedestal piramidal de estilo francés (como el que sustenta la estatua de Alejandro Dumas en el bulevar de Clichy) a quien fue rector de El Salvador, un personaje singular en la historia de La Palma, Manuel Díaz (1774-1863). Fue un ilustrado, liberal hasta el punto de que fue acusado de infidencia y desterrado, artista, excelente orador y siempre atento a la instrucción. En la parte anterior, mármol, se pueden ver una rama de palma, un cáliz, una partitura, una paleta y una lira, que quieren representar respectivamente el triunfo, el orden sacerdotal y las artes liberales. Y debajo de ellas se puede leer, *A Díaz, su patria*. Y sobre la inscripción se puede ver un pelícano rodeado de sus cria-

turas (símbolo francmasónico del grado dieciocho o Rosa del Rito Escocés Antiguo y Aceptado de la francmasonería).

Fue Manuel Díaz el mayor divulgador del sistema llamado lancasteriano por el nombre de su inventor el pedagogo inglés Joseph Lancaster (1778-1838). La fundación de una escuela primaria moderna basada en dicho sistema en 1821 ha servido para en esa fecha señalar lo que ha dado en llamarse el *Siglo de Oro* de La Palma.

Si, tras la conquista, la isla siguió los designios de los regidores perpetuos, el comercio —por la importancia de su puerto y de su lugar estratégico para alcanzar América— hizo que se instalaran en Santa Cruz de La Palma familias flamencas —sorprende la cantidad y calidad de arte flamenco que puede admirarse en la ciudad— inglesas, italianas, portuguesas. Todos ellos fueron conformando este estilo tan singular en la capital de la isla, donde coexisten armónicamente arquitectura flamenca, (por ejemplo, la casa Van de Walle) con estilos lusitanos (por ejemplo, la balconada doble en las casas de la avenida marítima); pero fueron los valores de la ilustración y de la instrucción los que dieron especial relevancia a esta ciudad.

Desde el último tercio del siglo XVIII comenzaron a arraigar en Santa Cruz de La Palma las ideas liberales y a incorporar un profundo sentido de la libertad, que condujo a la abolición de los regidores perpetuos y a la fundación de la Real Sociedad Económica de La Palma, en 1776; y tras la muerte de Fernando VII en 1833 surgió un admirable movimiento democrático para la elección de diputados. En 1863 apareció el periódico inaugural *El Time*, primero de una larga relación de publicaciones seriadas, cuyo número todavía sorprende. En 1868, con gran dignidad apareció el primer Instituto Nacional de Enseñanza Media «Santa Catalina», que la restauración borbónica suprimió. Escuelas de música, de dibujo, un casino-liceo, compañías de teatro fueron desarrollándose; y en 1881, con apoyo de la familia Van de Walle, se estableció la Sociedad Cosmológica, con museo de historia natural, una completísima hemeroteca de publicaciones isleñas (hasta 1936 la isla mantuvo tres diarios y dos semanarios) y, desde 1905, la biblioteca Cervantes. Y como prueba de ese profundo acervo liberal constitutivo de Santa Cruz de La Palma, coexistieron en una tan pequeña ciudad dos logias masónicas; una de ellas tuvo como primer venerable al marqués de Guisla-Ghiselín. De ideologías diferentes, se enfrentaron en un largo periodo a finales del XIX, pero mantuvieron siempre y prodigaron las ideas de amor a la libertad, a la fraternidad y al progreso.

El Cabildo de La Palma tuvo a bien nombrar hijo predilecto a Manolo Blahnik, acaso el más reputado diseñador de zapatos. En su discurso de agradecimiento, Blahnik recordó unas palabras del cineasta italiano Luchino Visconti (1906-1976), comentando su pasión por hacer películas de época: «Sin pasado no hay futuro». Esta frase podría ser el lema de esa maravillosa pequeña gran ciudad, tan cargada de historia y tan impregnada de utopía.

